

Guía de pasos perdidos

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Javier Vela, *Guía de pasos perdidos*
Primera edición: marzo de 2022

ISBN: 978-84-8393-310-7
Depósito legal: M-33910-2021
IBIC: FYB

© Javier Vela, 2022
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2022

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Javier Vela

Guía de pasos perdidos



ÍNDICE

La crucecita	11
Fabio	15
Estás de suerte, Quim	21
Afectos personales	31
Romanticismo	39
Una historia de América	45
Sirenas	55
Cuento del pescador	65
Zoológico privado	73
La habitación	77
Guía de pasos perdidos	95

*Nuestras miradas han dejado de encontrarse.
Cuando me muevo, él se mueve también, mos-
trándome solamente la mitad de su espalda, como
si ignorase mi presencia, como si hubiera fran-
queado muchos espejos y ya no pudiera regresar.*

Bruno SCHULZ

Solo un esteta puede renunciar a todo.

Fleur JAEGGY

LA CRUCECITA

EN UN TESTERO DEL RECIBIDOR, no lejos de la percha donde nos despojábamos de bufandas y abrigos, sigue colgando un viejo crucifijo del que sabemos nada o casi nada. Es una pieza humilde de algún material plástico que finge ser carey. Hasta donde recuerdo siempre lo he visto ahí, sujeto a la pared, como una especie de vástago que hubiera echado raíces. Ignoro quién lo puso en ese sitio, si lo compró o cambió por otra cosa o lo tomó prestado o lo robó, si algún valor tenía, ni por qué medios ni con qué propósito. Se echa de ver no obstante su presencia (de la que nada escapa, y que desprende un viso de misterio que asoma a lo irreal) tan pronto se entra en casa. Nadie de entre mis padres o mis tíos tuvo jamás el ánimo de quebrantar sus límites ni la firmeza de sustraerse de ellos. Tampoco mis hermanos ni mis primos se han atrevido nunca a descolgarlo ni a darle otro destino, lo que es mucho decir en una finca que, por lo que parece, pertenecía ya al padre de mi

tatarabuelo —si hay nombre para eso—, quien la heredó a su vez, y en la que mi familia lleva instalada siglos.

Mis cuatro abuelos eran personas devotas, sobrias y recatadas, como si tantas décadas de santurronería y de pudibundez sexomaniaca hubieran extirpado de su naturaleza cualquier atisbo de audacia. En ocasiones, cuando era solo una cría, los escuchaba hablar a la sordina de ese fetiche siempre extemporáneo ligado a la palabra y a la existencia míticas de Cristo redentor. Cuando aludían a él de modo explícito sus voces acababan instalándose en un plano oscilante, lleno de cuitas y tribulaciones, como si ciertos nombres y conceptos se enmarañasen entre sus dientes postizos. El interés que yo manifestaba por su figura escuálida, sucia y mortificada tenía el marchamo de lo clandestino, así. Todo lo subrayaba. En nuestra casa, al menos por entonces, la autoridad moral de mis abuelos lastraba todo arbitrio y hacía de los más jóvenes un instrumento de su voluntad. Si alguien hacía mención al crucifijo y hurgaba en su sentido o en su remoto origen podía ser reprendido y granjearse a cambio un pescozón. Claro que mis hermanos y yo misma fingíamos guarecernos bajo el alero de los valores cristianos, pero era el nuestro un miedo atenuado por la curiosidad, menos sujeto a zurras o castigos que a ese chantaje atávico que habíamos heredado de nuestros propios padres y que trocaba amparo en obediencia y afecto en sumisión. Recuerdo el día en que escuché a mi madre decirnos medio en broma, medio en serio que, aunque la casa ardiera y sus cimientos se desmoronasen, «la crucecita» permanecería donde había estado siempre, y que de sus ruinas ni el rey Arturo sería capaz de arrancarla.

Con el correr de los años, varias preguntas se iban enquistando en el imaginario familiar: ¿quién la había pues-

to en el recibidor?, ¿había ocupado siempre aquel lugar?, ¿qué había significado para quien la observó por vez primera?, ¿significaba *algo*, todavía?

Entretanto, la crucecita seguía colgando en su escarpia y ejercía su influencia entre nosotros sin que nos perca-tásemos. Casi a diario y con cualquier pretexto (buscar una mochila, fisgar absurdamente en los bolsillos de una cazadora), los niños merodeábamos con aire encon-tradizo en torno a ella mientras que nuestros padres, acaso resabia-dos por el desgaste de la idolatría, se contentaban con un vistazo esporádico solo por cerciorarse de que aún estaba ahí, libre de daño, ligeramente envuelta por esa fina pátina de olvido que lo sepulta todo.

En el empeño de prevenir suspicacias y recriminacio-nes sobre la solidez de nuestra fe, nunca nos deteníamos frente a ella más de lo necesario. Su emplazamiento en el recibidor era ya parte del panorama doméstico, y había alcanzado al cabo tal grado de consenso —o de resignación— que a nuestros ojos nada podía profanarlo. Quizá fuera ese exceso de presencia lo que la preservaba de la osadía infantil y del antojo de los expoliadores, como un altar hacia el que todos miran pero que nadie ve. Al encontrarse en un lugar de paso, bastaban tres zancadas para dejarla atrás. Yo solía obviarla adrede mientras cogía el abrigo o la bufanda sabiéndola orillada en una esquina de mi campo visual, pero su imagen seguía creciendo en mi mente aun sin pensar expresamente en ella, y así como el mosquito que, cautivado por la luz de la lámpara, orbita dando vuel-tas cada vez más pequeñas en torno a su bombilla hasta que acaba por chamuscarse las alas, también yo describía cándidas órbitas alrededor de la cruz.